

EL MUNDO

Viernes, 21 de octubre de 2005. Año XVII. Número: 5.792.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Inmigración en el Mediterráneo: qué puede hacer Europa

ALBERTO NAVARRO / GIORGIO LA MALFA / CATHERIEN COLONNA

Las imágenes intolerables de niños, mujeres y hombres enganchados a alambradas de espino, rechazados, abandonados sin una gota de agua en el desierto, nos han recordado un drama permanente que no queremos ver: el de tantos y tantos africanos que prefieren arriesgarse a morir antes que vivir en sus países. Desde Ceuta, Melilla, Lampedusa y otros lugares del Mediterráneo, esperan alcanzar la tierra soñada, la tierra de Europa. Eso nos confiere, a nosotros, los europeos, una responsabilidad específica. Una obligación de respuesta y de acción. En conciencia. Con humanidad. Por necesidad y por interés también. La geografía, la historia, la demografía, el futuro político, social y cultural de nuestros continentes, todo contribuye a hacer de la pobreza africana y de las migraciones de sus poblaciones un desafío enorme para Europa.

Estas imágenes pueden dar la impresión de que Europa no actúa. Es falso aunque debemos hacer mucho más. Sin duda los 25 estados miembros de la Unión son culpables, una vez más, de que las opiniones públicas, tan conmocionadas por la tragedia televisada, ignoren completamente el papel que desempeña Europa en la ayuda al desarrollo. ¿Se sabe que ya hace más que cualquiera en ese ámbito? Hoy en día aporta ella sola más del 60% de la ayuda internacional a África. Desarrolla una política de asociación a largo plazo centrada en la reducción de la pobreza, en el diálogo político y en una cooperación económica y comercial reforzada. Europa es también la zona desarrollada más abierta a las importaciones procedentes de los países pobres. Importa muchos más productos agrícolas de esos países que Estados Unidos y Canadá juntos. Concede acceso libre de derechos de aduana y contingentes a sus exportaciones en el marco de la iniciativa Todo menos armas, adoptada en 2001. Favorece el acceso a los medicamentos genéricos para los países víctimas de las grandes pandemias, como el sida. Por último, está en primera línea en lo que se refiere al tratamiento de la deuda.

No seamos pues injustos con Europa. Sin embargo, ha llegado la hora de profundizar y ampliar a la vez nuestro planteamiento; de establecer, muy rápidamente, una política global de ayuda a África.

La Comisión Europea acaba de dar un primer paso, bajo la presión de los acontecimientos. Así, presentó el 12 de octubre una nueva estrategia contra la pobreza en África que reitera el compromiso de los 25 de incrementar su ayuda. La Unión Europea adoptó en ese sentido un calendario concreto: dedicará a ese apoyo el 0,56% de su PIB en 2010, y posteriormente el 0,7% en 2015, lo que le hará alcanzar los 55.000 millones de euros al año dentro de cinco años. Medidas clásicas y bienvenidas, que podrían ir acompañadas de iniciativas innovadoras para liberar recursos adicionales. Nadie tendría nada que decir ante un gesto que conjugue la economía, la solidaridad y la ética.

Pero, ¿dinero para qué? Porque no se detiene a la gente hambrienta con metralletas, porque la legítima esperanza de todo ser humano es, ante todo, poder vivir en su tierra y en su patria, los europeos sólo pueden tener un objetivo: crear las condiciones, todas las condiciones, que permitan a los africanos ver esa esperanza convertirse progresivamente en realidad.

El dinero, tendremos ante todo que utilizarlo para ayudar a África a paliar sus carencias considerables en infraestructuras elementales y vitales: transportes, agua, energía, telecomunicaciones. Justamente, ¿por qué no inspirarse en los principios que ya han demostrado su eficacia en Europa? Presupuesto previsto para varios años, descentralización, responsabilización de los estados beneficiarios, etcétera: otras tantas pistas que desbrozar y proponer. Convendrá asimismo velar por que nuestras políticas de codesarrollo abarquen ámbitos tan distintos como el microcrédito, las pequeñas y medianas empresas, la educación y la sanidad pública.

Pero no nos engañemos. Si los europeos quieren ayudar realmente a África a mejorar su situación, tendrán también que proporcionarle los medios de una respuesta política. Esta pasa por la paz y la seguridad, la promoción de los derechos humanos y de la democracia, una gobernanza acertada y eficaz, la cohesión social y la viabilidad ecológica.

También debemos cambiar la percepción de una inmigración incontrolada e incontrolable. De lo contrario, la idea misma de la solidaridad con África perderá su credibilidad. El reforzamiento de la ayuda deberá ir acompañado de medidas destinadas a mejorar la gestión de los flujos migratorios. Es necesaria una gestión europea común de las fronteras. Europa no es, no quiere ser, una fortaleza. Su estrategia no puede ser pues puramente defensiva y protectora. Fiel a sus tradiciones, a sus convicciones, a su sentido de la solidaridad, Europa

tiene que seguir siendo tierra de asilo. Pero la inmigración legal no tendrá éxito si no se lucha contra la inmigración ilegal.

Por último, los 25 países de la Unión tienen que decidirse a desarrollar una política consensuada y global contra los clandestinos. Esto supone el establecimiento de una política común de visados para reforzar el control de las entradas y salidas de los nacionales de los estados exteriores a la Unión, incluso la mutualización de los sistemas de visados biométricos. Esto supone, de nuevo, el desarrollo de una política de seguridad común contra todas las mafias -desde la droga hasta la falsificación- y contra el terrorismo.

Las iniciativas que se están tomando entre, por un lado, España, Italia y Francia y, por otro, los países del sur del Mediterráneo, con vistas a una cooperación conjunta sobre estas cuestiones, abren la puerta a otros acuerdos entre países europeos especialmente afectados. Asimismo, debemos utilizar lo antes posible los 40 millones de euros previstos en el marco del programa europeo MEDA para ayudar a Marruecos en la gestión de sus fronteras y poner en marcha acciones de formación para los guardas fronterizos.

No hay nada claro, unilateral. Para que tenga éxito, este dispositivo necesita basarse en el intercambio y el diálogo permanentes entre Europa y África. Son su condición sine qua non. Por eso justamente tendremos que mantener un diálogo regional continuado sobre las cuestiones migratorias entre los países de origen, los países de tránsito y los países de destino fundado en la corresponsabilidad. La Cumbre de Barcelona, que marcará el décimo aniversario del proceso euromediterráneo en el próximo mes de noviembre, es otra cita a la que no hay que faltar porque quiere integrar en su acervo la dimensión migratoria. Pero será la semana que viene, en el Consejo Europeo de Hampton Court, cuando los 25 tendrán que decidir hacer más.

Pueden hacerlo, pues es su interés compartido. Sólo una política global que tenga en cuenta el conjunto de las dimensiones del problema permitirá aportar buenas respuestas. Es decir, aportar humanidad a nuestro mundo. Le toca a Europa ser la primera.

Alberto Navarro es secretario de Estado para la Unión Europea de España.

Giorgio La Malfa es ministro de Política Europea de Italia.

Catherine Colonna es ministra delegada de Asuntos Europeos de Francia.

© Mundinteractivos, S.A.